

Voces de la Ciudadanía: Ana González

“Nuestros muertos han muerto muchas veces”

Claudia Lagos. Radio Tierra y Revista Rocinante

Un proyecto conjunto de Radio Tierra y Revista ROCINANTE.

En estas páginas reproducimos dos programas emitidos por Radio Tierra durante el mes de abril como parte de una serie de testimonios que rescatan la memoria como constitución de una ciudadanía activa e informada aun en el dolor. Como lo demuestra Ana González, dirigente de la Agrupación de Detenidos Desaparecidos, una mujer imponente y de ojos grandes y vivaces que siempre tiene un cigarrillo entre sus dedos y una sonrisa blanca y cálida que destaca en su rostro moreno. Ana perdió a su esposo, a dos hijos y a una nuera embarazada, y ahora está al frente del micrófono de Radio Tierra. La memoria de Ana González nos pertenece a todos, y su relato es parte del Chile que pasó, del actual y del que viene



Muchos de quienes nos escuchan nos conocen, nos han visto por las calles con las fotos de nuestros familiares prendidas en el pecho o sosteniendo una pancarta con sus rostros en alto.

Nacimos como una organización para defender la vida. La denuncia fue nuestra primera acción. Queríamos encontrar a quienes nos habían sido arrebatados y eran mantenidos en recintos secretos de tortura.

Hoy, seguimos exigiendo verdad y justicia y también trabajando intensamente para preservar la memoria histórica, esa historia que estamos seguras a nadie le habría gustado vivir.

En todas nuestras acciones, declaraciones, entrevistas, documentos y cartas, hemos expresado que el esclarecimiento de los casos de detenidos desaparecidos y la aplicación de justicia no solo interesa a los familiares, sino que concierne a toda la sociedad chilena.

Mientras no seamos capaces de enfrentar y sancionar penalmente a los responsables de estos crímenes, mientras no seamos capaces de denunciar la complicidad en estos casos de la derecha política y mientras siga vigente el

decreto ley de amnistía de 1978, la posibilidad de hacer justicia por parte de los tribunales siempre estará al arbitrio de la interpretación que voluntariamente quieran hacer de ella. Mientras esto siga ocurriendo, no habrá consolidación democrática posible.

Les damos la bienvenida a “Memoria Viva, Viva la Memoria”, un programa de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos en Radio Tierra. Todos los viernes, entre las 15:00 y las 16:00 horas, Gabriela Zúñiga y Ana González nos invitan a escuchar sus historias. Historias como las que les presentamos aquí.

La Mensajera

A sus 20 años, Pablo Ramón Aranda Schmied complementaba sus estudios universitarios con su militancia en las Juventudes Comunistas. Pablo fue detenido el 17 de septiembre de 1973 y sus familiares hasta el día de hoy no saben qué pasó con él.

Su prima, Marcelina Cevallos, vivía en un departamento en plena Avenida Grecia, a pasos del Estadio Nacional, recinto que temporalmente se olvidó de las grandes fiestas deportivas y se transformó en centro de detención de muchos chilenos tras el golpe militar.

Debido a su vecindad, Marcelina pudo constatar que al estadio llegaban camiones con detenidos. Y ahí fue donde comenzó a preguntar por Pablo. “Lo primero que hice fue buscarlo en el estadio, porque ahí empezaban a llegar los detenidos. Yo vivía en un cuarto piso y de arriba se veía cómo pasaban los camiones con los presos que empezaron a llegar al Estadio Nacional. Entonces, a mí no me cabía duda que él podía estar ahí”.

Y así fue como día tras día, Marcelina repetía la rutina y hacía largas filas frente al Estadio Nacional, junto a cientos de otras personas preocupadas por la suerte de sus familiares.

En ese ambiente de incertidumbre, Marcelina empezó a ayudar a otras personas en la misma situación que ella. “A mi casa empezó a llegar gente a dejarme encomiendas para que yo las llevara al estadio. Muchas amigas, colegas de mi esposo, que es profesor, no se atrevían a ir por miedo a dejar a sus niños solos o porque podían detenerlas. Porque el miedo era grande, era inmenso de grande”. Con el fin de darle un orden al desorden, los encargados de administrar el provisorio centro de detención establecieron un sistema de entrega de encomiendas de acuerdo al apellido de los detenidos. Así, Marcelina primero hacía la fila correspondiente a la letra A, de Aranda, entregaba la encomienda a nombre de su primo Pablo y después repetía la operación con la fila B, la C y las que fueran necesarias para entregar los paquetes que sus amigas temerosas enviaban a sus familiares detenidos en el estadio.

En ese ejercicio, Marcelina pudo darse cuenta que algo andaba mal con Pablo. Todas las encomiendas que ella le dejaba se las devolvían, mientras el resto de los paquetes que entregaba para otros detenidos nunca fueron devueltos. Es más, pasados los días, sus amigas comenzaron a recibir notas de sus seres queridos detenidos al interior del coliseo deportivo. Eso, gracias a las gestiones de la Cruz Roja Internacional, organismo encargado de recibir las encomiendas, garantizar que fueran entregadas a sus destinatarios y entregar a los familiares recados de los detenidos. Para Marcelina y su familia, “eso fue terrible porque empezamos a sospechar que pasaba algo grave”.

A Marcelina le devolvieron todas las encomiendas que dejó a nombre de Pablo Aranda en el Estadio Nacional y nunca recibió una nota de vuelta. De hecho, nunca más tuvo noticias de su primo hermano.

Pero esa incertidumbre no era todo. Marcelina tampoco podía dormir tranquila. Durante el gobierno de la Unidad Popular, fue dirigente de la Junta de Abastecimiento y Precios de Ñuñoa y tras el golpe militar, su departamento fue inmediatamente allanado.

“Dormíamos vestidos y después tuvimos que arrancar un tiempo. Nos tuvo un amigo muy querido que nos llevó a su casa por 18 días. Pero llegó el momento en que yo le dije a mi amigo ‘basta’ y volví a mi departamento. A seguir buscando gente. Gente que venía del norte, del sur. Incluso tenía detenido un cuñado que lo trajeron de Concepción, hermano de mi esposo”, recuerda Marcelina.

Pero volver a su departamento no disminuyó la presión sobre la familia de Marcelina. “Las noches eran terribles, escalofriantes, nosotros no dormíamos. De arriba, mirábamos las patrullas que pasaban y muchas veces sentíamos las ráfagas de metralleta que tiraban cerca del estadio”, según cuenta.

Las constantes idas al Estadio Nacional, la inevitable solidaridad que se gestó entre todos los que se apostaban a las afueras del recinto deportivo y la impotencia de no recibir información y sentir que los días pasaban en vano, envalentonó a Marcelina. “Yo fui tan valiente que dije que voy a tener que dar la lucha aunque me maten, y me subí arriba de unas plataformas grandes que había en el estadio y ahí empezó a llegar la prensa extranjera, me interrogaban y yo sin miedo decía lo que estaba pasando adentro. Yo no sé de dónde saqué esa valentía, pero seguí adelante”.

Pero la presión se hizo insostenible. “La presión de la gente que me allanaba, la tensión de la misma gente que vivía en los departamentos empezó a hacerme la vida imposible”.

Era tal la tensión de Marcelina y su gente, viviendo cerca del Estadio Nacional, desconociendo el paradero de sus familiares detenidos, que diversas situaciones eran interpretadas como un peligro para su seguridad.

Y hay un hecho que grafica muy bien este sentimiento descrito por Marcelina. “Debajo de mi departamento había un militar de alto grado que venía con las patrullas a cambiarse ropa, y era tal mi tensión, porque yo veía cómo subían las escalas, y pensaba que nos iban a buscar a nosotros. Y no, venían a cambiarse ropa”.

Más tarde, comenzó a ir a Tres Álamos y luego empezó a viajar a Curicó, a dejar encomiendas a amigos detenidos en la ciudad sureña. En ese peregrinar entregando paquetes o cartas a amigos o conocidos, Marcelina le perdió la pista a muchas personas con quien estableció lazos en medio del dolor y en medio de las filas frente al Estadio Nacional.

Expulsadas

Hacia 1977 ya se registraban 1.144 detenidos desaparecidos, casi el 90% de todos los chilenos de los que nunca más se supo.

Ante esa situación, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos no bajó los brazos y continuó protestando, exigiendo verdad y justicia y denunciando ante el mundo la dictadura y la represión que aquejaba a Chile. En ese contexto, se realiza la primera huelga de hambre. La movilización duró

diez días y se efectuó en la sede de la Comisión Económica para América Latina, CEPAL.

Pero ese año también marcó la necesidad de denunciar internacionalmente la desaparición forzada de cientos de personas. Y así fue como varios familiares de detenidos desaparecidos iniciaron una gira internacional con el fin de denunciar las violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura de Pinochet. Y la primera estación de ese viaje fue Nueva York, en la sede de las Naciones Unidas.

Ana González recuerda que en esa oportunidad “fuimos a Naciones Unidas, recorrimos Francia, Luxemburgo, Italia, El Vaticano, y a nuestro regreso nos detuvieron y nos echaron para afuera. Nos echaron sin rumbo”.

El régimen expulsó a Gabi Bravo, Ulda Ortiz y la mencionada Ana. En una brutal acción, las autoridades subieron a estas mujeres a un avión sin indicarles dónde viajaban y fueron a dar a Buenos Aires, Argentina.

Como si la expulsión de su país no bastara, las mujeres se encontraron en la capital transandina con la noticia de que debían pagar sus pasajes. “Nosotros nos opusimos porque a nadie le pedimos que nos llevara a Buenos Aires”, recuerda Ana, quien señala que permanecieron detenidas ahí por espacio de una hora, durante el cual nadie sabía dónde estaban.

Un funcionario peruano del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) “nos rescató y viajamos de vuelta a Nueva York, donde nos recibió el embajador de los Estados Unidos en la ONU y nos ofreció asilo, lo que nosotros terminantemente rechazamos”. Lo que querían, según Anita, era que Estados Unidos las ayudara a volver a Chile, sin importar que el gobierno pudiera expulsarlas nuevamente. Así fue como Ana, Gabi y Ulda regresaron a Chile un mes después de su periplo Nueva York-Europa-Chile-Buenos Aires-Nueva York-Chile.

El único requisito impuesto por las autoridades chilenas fue que las mujeres firmaran un papel donde se comprometían a no participar en política. Ana señala que ese documento no las comprometía “en absoluto, porque nosotros no nos estábamos metiendo en política, sino que estábamos defendiendo la vida de los nuestros y la vida de todos los chilenos en general”.

Con el corazón y el estómago vacío

El 4 de marzo de 1975 desaparece Alfredo Rojas Castañeda. A sus 35 años, Rojas era ingeniero civil, había sido director de Ferrocarriles del Estado y era militante del Partido Socialista.

Tras su detención y desaparición, su madre, Ana Rojas, ha hecho de todo para exigir verdad y justicia. Y cuando se promulgó el decreto ley de amnistía 2.191 en abril de 1978, se plegó a una huelga de hambre que duró 17 días en protesta por la impunidad de los crímenes cometidos entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1978.

Los huelguistas se distribuyeron simultáneamente en tres parroquias de Santiago y en la sede de la UNICEF en nuestra capital. Además, en más de 60 ciudades del extranjero se plegaron al movimiento rechazando la amnistía aprobada por la dictadura.

Para colaborar con este movimiento de rechazo al decreto de amnistía, varios obispos de la Iglesia católica le envían al ministro de Interior de la época, el actual senador por la UDI Sergio Fernández Fernández, los antecedentes de personas que, en ese momento, se encontraban detenidas desaparecidas. Sin embargo, nunca recibieron respuesta.

Ana Rojas hizo huelga de hambre en la Parroquia Jesús Obrero, en la calle Chorrillos con General Velásquez. “Ahí estuve los 17 días –recuerda la madre de Alfredo-. Al principio me sentía muy bien y bien apoyada, porque éramos varias personas que estábamos en la huelga. Incluso nos acompañaron unas monjas y también sacerdotes”.

Entre los sacerdotes que acompañaron a los huelguistas en 1978, Ana recuerda a Mariano Puga, quien fuera párroco emblemático de la población La Legua, de San Joaquín. Y los recuerdos que Puga dejó en Ana no se borran a sus 70 años de edad. “Nos hacía reír al principio. Nos contaba chistes los primeros días y tocaba el acordeón para que nos alegráramos. Pero con el tiempo, al quinto o sexto día, fui decayendo, fui quedándome tirada en la cama, en el suelo”.

Fieles a su rol desinformador, los medios de la época afirmaron que los huelguistas recibían comida. Pero Ana Rojas desmiente esa información tajantemente. “A nadie se le daba nada. Incluso cuando entramos a la huelga, nos trajinaron las carteras por si llevábamos algo”.

Ana recuerda que, a pesar del debilitamiento que experimentó en más de dos semanas, nunca pensó en abandonar la huelga “porque yo estaba luchando por una causa justa, por mi hijo. Mi hijo adorado que me llevaron y hasta el día de hoy no sé de él. Ese dolor, ese sangramiento que tengo en mi corazón, hasta el día de hoy no lo he superado”.

¿Por qué bajaron la huelga? Porque Pinochet se comprometió públicamente a dar información sobre los detenidos desaparecidos. “Pero nunca cumplió”, afirma Ana. A su juicio, Pinochet se encontraba muy presionado tanto interna como externamente por esta huelga de hambre y por eso tuvo que hacer promesas que luego se llevó el viento.

Ana Rojas recuerda que todos los días recibían muestras de afecto y apoyo. “Nos llegaban todos los días cables, dándonos fuerza, aliento”.

Varias compañeras estuvieron juntas en la Parroquia Jesús Obrero. Ana recuerda que “en esa huelga estuvo la Gala Torres, Alberto Araya, la Pola Ramírez, que nos ayudó mucho. Varias más que en este momento no recuerdo los nombres. Había un caballero que era de fuera de Santiago, que también participó los 17 días de huelga”.

Y todos estaban ahí por sus hijos, sus esposos, sus hermanos y por eso “no desmayamos. Nadie quiso salirse de la huelga. Cuando me bañaban, las monjas me llevaban porque yo no podía caminar, se me doblaban las piernas. Pero nunca flaqueé, jamás. Ahí estaba y aquí estoy todavía”.

Cadenas de dolor

A fines de los '70, la desesperación provocada por no saber dónde estaban los familiares detenidos tras el golpe de Estado llevó a que 64 miembros de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos fueran al edificio del Congreso Nacional y ahí se encadenaron 27 de ellos, principalmente mujeres. Ese día, Mariana Guzmán sintió miedo. “Pero también teníamos conciencia de

que teníamos que superarlo. El hecho de estar juntas nos daba esas ganas de hacer las cosas y terminarlas. Lo que disponíamos lo hacíamos, no había pie atrás”.

Pero una acción tan violenta como la que emprendieron los familiares de detenidos desaparecidos tiene varias anécdotas que le dan un toque de humor negro a la historia.

La acción de protesta tenía su estrategia. Mariana Guzmán recuerda que nombraron una comisión que programara el encadenamiento. Lo primero era comprar las cadenas. “Entramos a la ferretería pidiendo cadenas para los perros, se maravillaban porque eran varios metros los que teníamos que comprar”. Ana González perdió a su marido, dos hijos y una nuera embarazada. Motivos para encadenarse no le faltaban. “Me acuerdo que Pola Ramírez llegó a mi casa con una cadena de tal grosor que parecía de esas cadenas que le ponen a los barcos para que anclen. ‘Cómo se te ocurre que voy a llevar ese peso en el cuerpo’, le dije, y tuvo que comprar otra”.

Mariana cuenta que se reunieron en la zona norte de Santiago para ponerse las cadenas y llegar con ellas puestas al Congreso. Alrededor de las 11 de la mañana, empezaron a salir en grupos pequeños rumbo al edificio del Parlamento, para no despertar sospechas. Pero todas terminaron esperando micro en el mismo paradero. “Tomamos las mismas micros. Y cada vez que paraba la micro, que los frenazos no son muy suaves, sonaban las cadenas, y la gente se preguntaba de dónde eran los ruidos, lo que nos preocupaba también porque pensamos que quizás no llegaríamos al Congreso”, recuerda Mariana. Y así fue como finalmente llegaron al Congreso, se encadenaron y el grupo que las acompañaba le dio a conocer a la gente —que miraba asombrada— de qué se trataba lo que estaba aconteciendo. Mariana cuenta que el grupo de apoyo “tenía que dar a conocer que éramos familiares de detenidos desaparecidos y que nos estábamos encadenando por lo que nos estaba ocurriendo y para dar a conocer el problema”.

Ana González recuerda que en su protesta participó Matilde Urrutia, la viuda de Pablo Neruda, Clotario Blest y un amigo de siempre, el padre Mariano Puga. Los familiares encadenados estaban convencidos que Carabineros actuarían inmediatamente y terminaría con el encadenamiento. “Pero resulta que Carabineros no estaba preparado para un encadenamiento. Tuvieron que ir a conseguir una herramienta —que después supimos que se llama Napoleón— al mercado persa, y ahí nos pudieron sacar”.

Mariana recuerda que estuvieron detenidas más tiempo del que pensaron. “Por la solidaridad nacional e internacional que teníamos en ese momento, nosotras pensamos que íbamos a estar un par de horas presas, pero estuvimos 2 días en la comisaría y 3 días en la correccional”.

Otra cosa es con guitarra

*Cantamos porque el niño
y porque todo y porque algún futuro
y porque el pueblo
cantamos porque los sobrevivientes
/y nuestros muertos
quieren que cantemos*
Mario Benedetti

En 1978, las denuncias, las protestas, las huelgas de hambre y los encadenamientos de los familiares de detenidos desaparecidos no alcanzan para transmitir el dolor de no saber qué había pasado con sus seres queridos. Así nace el Conjunto Folclórico de la Agrupación, de la cual Victoria Díaz —Toya— es su fundadora y actual directora.

La Toya recuerda que “el conjunto parte en febrero de 1978, con unas 30 personas, a iniciativa de algunas compañeras que dicen que además, podemos cantar y bailar, pero denunciando nuestro problema”.

El objetivo del conjunto es testimonial. La idea, según Victoria, “es reflejar, a través del canto, lo que ha sido la experiencia de nuestra vivencia como agrupación, a través de la canción de El Encadenamiento, la canción de Lonquén, La Cueca Larga de la Huelga de Hambre, o a través de la canción Dónde Están y muchas otras”.

Gala Torres fue su primera directora y compositora de gran parte del repertorio de esos años. De hecho, ella es la creadora de La Cueca Sola. La prueba de fuego para el conjunto folclórico de la Agrupación fue un acto en el Teatro Caupolicán, en plena dictadura.

Victoria recuerda ese acto como “grandioso y maravilloso. En plena dictadura, bailamos La Cueca Sola. La bailan Pola, Amparo y también estuvo Gabi Lorca”. Este grupo folclórico ha recorrido todo el país. La Toya recuerda que “en dictadura, los comités de base de derechos humanos, las comunidades religiosas, distintos agentes, distintas instituciones, invitaban al conjunto. Estuvo en todo Chile primero”. Pero el peregrinar cantando su drama las llevó más allá de nuestras fronteras. “También estuvimos en Canadá, recorrimos 11 ciudades de Canadá, estuvimos en Mendoza”.

En Mendoza, las integrantes del grupo folklórico de la Agrupación no solo tuvieron la posibilidad de compartir con las Madres de la Plaza de Mayo. También conocieron a Sting, en el marco del concierto de Amnesty International celebrado en la ciudad transandina. Tras el encuentro con el cantante británico, este escribe “Ellas bailan solas”. Para Victoria, “esa fue una experiencia hermosa”. Para Toya, este “es un grupo que se ha mantenido en el tiempo por amor a nuestros seres queridos y porque creemos en el compromiso que tenemos. Es una responsabilidad grande que se mantenga nuestro canto hasta que podamos saber de los nuestros y que haya verdad y justicia”.

Los muertos hablan

Amanda Valdovinos fue nombrada como ministra especial para investigar informaciones aportadas por la Mesa de Diálogo en Derechos Humanos. De eso, hace ya más de un año. Hace algunos días, la acuciosidad de una investigación más bien silenciosa confirmó lo que por casi tres décadas los organismos de derechos humanos han denunciado: que el Ejército ejecutó y enterró a los detenidos de La Moneda en el Fuerte Arteaga, en Colina.

Los primeros detenidos desaparecidos se suceden el mismo día 11 de septiembre de 1973. Se trata de los compañeros que son hechos prisioneros en La Moneda tras los bombardeos y el asalto al palacio por parte de efectivos de infantería y tanques del Ejército.

Luego de quedar bajo custodia de los militares sublevados, los detenidos fueron encañonados, golpeados y se les ordenó tenderse en el suelo con las manos en la nuca, siendo amenazados con ser aplastados por un tanque.

Luego de su detención, los miembros del Grupo de Amigos del Presidente, o GAP, fueron trasladados al Regimiento Tacna.

Un soldado del Regimiento Tacna que pudo presenciar parte de los hechos, relató que los prisioneros fueron amarrados con alambres y lanzados a un camión del Ejército, saliendo del cuartel a las 14 horas del 13 de septiembre. De ahí, fueron llevados a los campos militares de Peldehue, en Colina, donde hoy se encuentra el Fuerte Arteaga.

Ahí fueron colocados delante de una fosa de un diámetro de cinco a seis metros, en grupos de a cuatro, donde eran ejecutados y lanzados al fondo del foso. El soldado que declaró asegura que eran 26 o 27 y que antes de ser asesinados gritaron consignas alusivas al gobierno de la UP.

Ana González destaca que esta es la denuncia que por años han hecho. “Está la historia siempre negada, siempre tildada de mentirosa, siempre acusada de provenir de malos chilenos que solo querían enlodar a la dictadura”. Pero el tiempo les dio la razón. La ministra Valdovinos, “en un pozo de 15 metros de profundidad, da cuenta del hallazgo de más de 400 fragmentos óseos”. Hoy se confirma lo declarado por ese soldado. Una vez fusilados, fueron dinamitados y no solo eso. Los estudios de suelo realizados por un botánico y por el servicio de geología y minería permiten precisar que los fragmentos corresponden a restos dejados por la remoción de osamentas a finales de la década del 70.

¿A quiénes corresponden esas osamentas? “Tal y como dijimos una y mil veces. Son los detenidos de La Moneda: Jaime Barrios, Sergio Contreras, Daniel Escobar, Enrique Huerta, Claudio Jimeno, José Freire, Julio Tapia, Oscar Valladares, Julio Moreno, Juan Montiglio, Juan Vargas, Héctor Urrutia, Jaime Sotelo, Luis Rodríguez y tantos otros”.

Para Ana González, “nuevamente la verdad surge de la tierra, con toda la maldad que eso significa. Los nuestros fueron asesinados, enterrados, removidos y, con ello, hechos desaparecer por segunda y hasta por tercera vez”.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

